

Artefactos literarios que explotan en la mente

Libros bizarros, sorprendentes, adictivos se esconden en nuestras librerías. Autores de distintas épocas y registros dialogan y generan nuevos sentidos en sus obras

MARC CAELLAS

El problema con los libros de varios autores es, al inicio, que generan extrañeza, preguntas que uno se hace como lector: ¿quién invitó a quién? ¿Eres amigo del novio o de la novia? ¿Por qué nunca me habló de ti? Me imagino a los editores de estos libros como organizadores de fiestas y reuniones donde la mayoría de los presentes no se conocen, y de las que surgen amistades, parejas o ¿por qué no? libros colectivos. El editor como comisario de arte. El editor como dj literario. El editor como montador de cine.

‘Ripley: historias para no creer’ (Adriana Hidalgo editora, 2014) es un proyecto pergeñado por Jorge Carrión y Reinaldo Laddaga. Su punto de partida es vampiresco: apropiarse del espíritu de las historias de Robert Ripley, ese nómada profesional que viajaba en busca de rarezas, coleccionista de exotismos que se hizo millonario con sus historias para no dormir, ‘freak’ organizador de fiestas en su mansión con extraños bailes encima de banderas nazis. Ripley. Believe it or not! Una frase del imaginario colectivo. Aunque usted no lo crea.

En 1929, Ripley publicó su primera antología de historias (publicadas antes en periódicos). Rarezas en cuatro líneas dibujadas a dos colores. En el año 2014, 45 escritores y artistas traducen, reinventan, reescriben, a su manera, esas historias. Pablo Kat Chadjian, por ejemplo, nos relata una serie de fenómenos de poder pre y post mórtem, o sea, del poder de los vivos sobre los que aún no nacieron y del poder de los muertos sobre los vivos. Germán Sierra, en cambio, nos narra el insólito caso del libro masturbador, capaz de provocar orgasmos a todas las residentes de un internado de señoritas. Jorge Carrión nos sorprende con las andanzas de un zoólogo alemán obsesionado con los insectos que habitan en Barcelona. “Vampiro cagador”, “Coneja folladora” o “Vete y no vuelvas” suenan hoy como un registro de esos guiris convertidos en la peor pesadilla de los habitantes de la Barceloneta. Juan Francisco Ferré desvela la leyenda de la reina oral, una consorte española que suplía su falta de piernas con una habilidad bucal nunca vista. Un libro para leer a sorbitos, una suerte de orujo literario para gourmets



Ilustración de Pablo Gallo para el libro ‘Ripley - Historias para no creer’.

de las palabras. Tres estrellas en la guía freakelin.

Menos raro, aunque igualmente sorprendente, es ‘El juego del otro’ (Errata Naturae, 2010), donde Paul Auster y Barry Gifford juegan con Sophie Calle y Paul Klee a suplantar identidades, disfrutar con la im-

postura o entender el difícil arte del plagio. En el mismo volumen, Enrique Vila-Matas y Jean Echenoz intercambian misivas sobre la sombra del escritor o su conversión en personaje teatral en el cada día más numeroso teatro de operaciones de la literatura. “No hay literatura

sin espectáculo. Sin importar qué forma tenga, la presencia del autor ante su trabajo, junto o detrás de su trabajo es una vez más, y lo será siempre, una puesta en escena”, asegura el autor de 14. Textos inéditos, fragmentados, agrupados por un compilador de gusto exquisito.

Entre Chile y Argentina se fraguó ‘Los Malditos’ (Editorial Diego Portales, 2011). La periodista Leila Guerriero encargó a una serie de escritores latinoamericanos contemporáneos un perfil de un escritor maldito del continente ya fallecido. El resultado es un combate de boxeo generacional, un brillante acercamiento a la vida y obra de autores poco o nada leídos en España. No siempre hizo falta vivir en París para ser un bohemio. Las vanguardias también circularon por las cloacas americanas. Los experimentos literarios también se fraguaron en las cantinas más sórdidas del otro lado del charco.

“Los malditos tienen que tener, inevitablemente, un punto de tortura interna, estar a la intemperie, ser frágiles para resolver cuestiones que a otros no les cuesta demasiado, un retorcimiento fuerte de la conciencia, del ánimo, una sensibilidad exacerbada, son sobrevivientes de ellos mismos, gente muy arrojada a los lobos”, aclara Guerriero. Como Jorge Baron Biza, autor de un único y magistral libro, ‘El desierto y su semilla’, sobre el cual escribe Alan Pauls desde la admiración más sentida. El hambre de realidad, que diría Shields, hace que el morbo autobiográfico, a menudo, se coma los méritos literarios de la obra. Sucede lo mismo con la poeta Ale-

El editor como comisario de arte. El editor como dj literario. El editor como montador de cine

jandra Pizarnik, la más famosa del libro, quien, antes de su muerte por sobredosis, escribió en su pizarra de trabajo: “No quiero ir/nada más/ que hasta el fondo”. El perfil de Mariana Enriquez arroja nuevas luces sobre su poesía, pero también sobre su sexualidad, y cuestiona el celo de la familia en intentar que el “escándalo” no opaque el talento. Pero vida y obra no se puede separar, mucho menos de una maldita que pretende “escribir con mi cuerpo el cuerpo del poema”. La otra mujer del grupo, la chilena Teresa Williams Montt, tuvo eso que solemos llamar una vida de película. Alejandra Costamagna bucea en su vida y libros, y escribe un perfil desde el presente, a cierta distancia del mito de ‘femme fatale’, hermosa y suicida, que quedó en el imaginario de sus lectores. Ese es uno de los méritos de este libro, esa mirada desde el hoy a unos creadores del pasado. El rastro, la sombra, las huellas que su pasó dejó en las generaciones posteriores. Un legado literario y vital del que no se sale indemne.